

de dudosa autenticidad que no tienen ni la belleza del relato bíblico ni la sublime sencillez de su estilo, ni presentan el armónico conjunto de las sagradas páginas. *Sabios* [llamemoslos así] que piensan encontrar en una frase perdida al través de los siglos, ó en una conseja popular de origen espúreo, repetida con exornaciones fantásticas al calor del hogar, bastante fundamento crítico para hacer una negación rotunda de lo afirmado por la biblia; alardeando así de sutileza en el interpretar y de habilidad en el descubrir. Con hipótesis inexplicables creen poder refutar lo que por una parte está en armonía con tradiciones universales y constantes, ó lo que por otra parte corresponde á las necesidades del pensamiento ó del corazón del hombre.

No: eso no es, eso no puede ser ciencia; porque las bases de ésta no reposan nunca sino sobre la naturaleza y el pensamiento; y cuanto venga á destruir las bases de la una ó los principios fundamentales del otro, no puede tomarse seriamente, sino por aquellos para quienes la ciencia es una cuestión de moda ó un juego de palabras, vacío de toda idea inmutable y que cambiarse puede por todo viento de doctrina, como las veletas de las torres al soplo de los turbados aires. Léjos de que sea la ciencia en cuyo nombre se combate á la religión, lo que tras aquel nombre hay, lo único que en verdad se encuentra, es el odio de la religión, ó cuando nó, la idea preconcebida de eliminar del cielo la verdad, como si no fuera ella el refulgente sol de ese cielo y el centro al que tienden y en cuyo derredor giran todas las verdades.

No: ciencia no son esas numerosas hipótesis con que más ó menos directamente se quiere contradecir la verdad de las doctrinas religiosas. En muchas materias, el hombre no alcanzará nunca la verdad oculta para él tras impenetrable velo; y pretender mantener en ellas hipótesis cuyas consecuencias contradicen la revelación, es un delirio insensato de presun-

ción y de orgullo; porque, lo repetimos, materias hay en que el hombre no podrá averiguar nada jamás y en que tendrá que vivir condenado á la más profunda oscuridad siempre que prescindamos de la religión.

De las afirmaciones pre-históricas, después de exponer muchas de las hipótesis de los sabios, ha dicho con mucha razón el Sr. Sierra estas palabras. "Tales son las suposiciones ó hipótesis que sostienen algunos sabios que en nuestros días se han ocupado en estas cuestiones; de las que nada de cierto podrá saberse jamás. *Historia general. Manual escolar. Pág. 10.*

Lo mismo puede decirse de otras muchas materias en que han creído poder encontrarse vasto campo para desmentir por medio de hipótesis las afirmaciones de religión revelada; y como las tendencias del pensamiento incrédulo no cambian la naturaleza de las cosas, el afán (que ahora de nuevo comienza á notarse), de combatir la religión en nombre de la ciencia, no dará para la incredulidad un resultado más favorable que el que en otras épocas ha dado; y un nuevo fracazo de tan estéril tentativa vendrá otra vez á poner en claro que la religión es invulnerable, aunque se la combata en nombre de la ciencia, porque la religión hija es del cielo y las ciencias todas le sirven como á su natural señora. Ella es la columna y el firmamento de la verdad, contra la que van á estrellarse los errores todos como las aguas del mar contra la roca que se levanta en la orilla infranqueable señalada por el Señor á las olas como el límite de su poder.

LO QUE PRODUCE

LA INMIGRACION.

México necesita pobladores que cultiven sus campos, lleven la vida á sus de-

siertos y exploten sus innumerables elementos de riqueza.

Los once y pico de millones de habitantes que actualmente tiene, pueden multiplicarse con el tiempo, hasta ser bastantes para la tierra que habitan; pero este tiempo sería muy largo y los deseos de la generación actual son impacientes sobre este punto.

Para que los hombres se multipliquen pronto, son necesarias ciertas condiciones de bienestar y holgura que no se pueden realizar derrepente.

Con las condiciones de hoy, la población de México no se doblaría tal vez en medio siglo, y aún mejorándola se necesitaría para ello todo este tiempo, atendida la lentitud con que se verifican siempre estas mejoras.

Quiere esto decir que para que México tenga pronto un número de habitantes proporcionado á su extensión, se necesita la inmigración extranjera; y para satisfacer esta necesidad, son necesarias algunas medidas que no solo amplíen el camino, sino que llamen de algún modo á los inmigrantes.

El camino está abierto hace mucho tiempo por las leyes y por las costumbres. Las primeras han sido siempre buenas y las segundas generosas sobre este punto, porque el extranjero ha encontrado siempre en México puertas francas y corazones abiertos para ofrecerle nuevo hogar, nuevos hermanos y nueva patria.

Sin embargo, á pesar de este espíritu de las leyes y de las costumbres, no han venido bastantes extranjeros de los que aumentan la población permanente de un país, porque lo habían impedido las guerras civiles y las revoluciones, en medio de las cuales no siempre han podido ser un hecho las garantías que ofrece la sociedad á los individuos.

Aquello acabó, y según todas las señales, acabó para siempre. Pasaron los disturbios políticos y la paz se ha afianzado.

Queda, pues, un país con costumbres hospitalarias, con un suelo feracísimo que brinda á los extranjeros con la abundancia y con todo lo que hace dulce el traba-

jo y agradable la vida en tierra extraña.

¿Qué falta para que se verifique en grande escala esa inmigración que se considera indispensable al rápido engrandecimiento de la República?

Por este lado no falta nada, porque ya está hecho todo; pero por otro lado hay que hacer algo todavía.

Es menester proporcionar medios de transporte; facilitar el pago de viajes, estimular á los particulares á entrar en el negocio y ofrecer al recién llegado trabajo, recompensa y seguridad en sus propiedades.

Es, pues, necesario, además de buenas leyes de inmigración que ya existen, una junta que entienda en ella, fondos que la faciliten, un sistema, en fin, práctico y eficaz, que traiga á los que no puedan venir, reciba á los que lleguen, y que á todos ayude en sus primeros pasos, hasta que ellos se instalen en su nuevo hogar, en su nueva tierra, y en su nueva patria.

Es necesario hacer lo que hacen los pueblos que han comprendido las ventajas de la inmigración, entre los cuales figuran los primeros, los Estados Unidos, que deben á esta en gran parte su prosperidad y engrandecimiento.

Sobre este punto, son muy dignos de conocerse y muy curiosos algunos datos publicados hace pocos días en un periódico de Nueva York.

Según ellos, desde que terminó la guerra de Independencia de los Estados Unidos hasta 1890, el número de inmigrantes desembarcados en aquel puerto fué de 15.427,657. El censo de 1880 demostró que había en aquella República un millón de alemanes, cerca de un millón de irlandeses, 450,000 ingleses, 350,000 hijos de la América británica y 250,000 escandinavos. La inmigración de italianos y rusos, que se ha desatado como un torrente, empezó después.

En 1880 había 600,000 extranjeros dedicados á la agricultura y los demás á diferentes industrias, destinados en las fábricas, etc.

Los inmigrantes, en general, no desembarcan sin un centavo. En 1866 cada

uno de los que llegaron á Nueva York tenía, por término medio \$66 8 cvs. (sesenta y seis pesos ochocientos centavos.) Ese término varía según los años. El año antepasado de 1891, por ejemplo, la cuota más alta fué de los ingleses que introdujeron \$55 por cabeza, término medio, y la más baja la de los húngaros que tuvieron \$11 por cabeza.

El término medio de lo que lleva sobre sí cada uno de los 600 inmigrantes que llegaron diariamente á Nueva York en 1891 fué de \$25 oro, ó sea de treinta á cuarenta millones de pesos anuales.

Pero este dinero es de importancia secundaria comparado con el valor económico del inmigrante, es decir, con la cantidad de riqueza que éste puede producir, mientras trabaja.

Un escritor inglés calcula que el valor económico de los 8,000,000 de personas que han salido de Inglaterra, Escocia é Irlanda de 1837 á 1876 es de \$1,400,000,000 (mil cuatrocientos millones de pesos), ó sea ciento setenta y cinco millones de pesos al año (\$175 000.000.)

Basta fijarse en estas cifras para convencerse de la importancia de la inmigración.

Cierto es que algún ensayo de ello que se ha hecho en México, no ha dado los resultados favorables que eran de esperarse; pero en esto, no obstante, hay que seguir por esa vía con empeño, porque á la larga recibiremos el premio como lo están recibiendo en los Estados Unidos.

Hay que pensar en atraer hácia nuestras playas algo de esa corriente inmigradora, si es que queremos sacar pronto en esta época de paz los atrazos de lo que perdimos y destrozamos en nuestras épocas de guerra.

UN PUEBLO RARO

Los chinos lo hacen todo al revés. En su brujula, el polo austral de la aguja mar-

ca el sur y viceversa. Los hombres usan camisolas, y las mujeres, calzones. Los hombres llevan el cabello en forma de trenza colgante; las mujeres lo usan recogido con un moño. Los hombres son modestos, y las mujeres cargan fardos. La lengua hablada no se escribe, y la escrita no se habla. Los libros se leen de derecha á izquierda, y las notas se colocan en la parte superior. El color blanco se usa en los lutos, y las novias se visten de negro. Entre los chinos, el apellido se coloca ántes del nombre, y los saludos se hacen cada cual apretándose la mano, en vez de estrechar la de la persona saludada. Los barcos se botan al agua de costado, y para montar un caballo, se toma el lado derecho. Empiezan la comida con el postre, y la terminan con la sopa y el pescado. La operación de la afeitada principia por la cabeza, cortando el pelo de abajo para arriba, luego de arriba para abajo; despues viene la última mano con una navajita, que se pasan por la cejas y se introduce en las narices para quitar todo pelo superfluo. El tocado concluye extrayendo la cera de los oídos con un copito de algodón en el extremo de un alambre.

Nombramiento de Mayordomo.

Para sustituir al Sr. D. Ignacio Gil Bermudez que falleció últimamente, el Illmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo ha encargado al Sr. Presb. D. Luis G. Romo, que que de á la cabeza de esa oficina,

DEFUNCIONES.

El día 2 del corriente falleció en San Juan el Sr. Presb. D. Felipe de Jesús González.

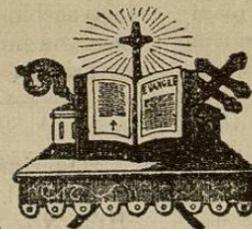
El día 6 del mismo, falleció el Sr. Cura de Mazamitla D. Prudencio González.

El día 18 del mismo murió en Rincón de Romos el Sr. Cura D. Francisco J. Conchos.

R. I. P.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Ant Imp. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, JUNIO 8 DE 1893.

NUM. 35.

SECCION I.

Discursos de S.S. LEON XIII.

A
LAS CORPORACIONES QUE LO FELICITARON
En Su Jubileo EPISCOPAL.

A LOS DELEGADOS DE LAS CONFERENCIAS
DE SAN VICENTE DE PAUL.

Queridos Hijos: Teniendo que recibir luego á millares de peregrinos representantes de las Obras Católicas de Francia habreis de excusarnos que Nos no podamos contestar sino brevemente á vuestro noble y afectuoso mensaje. Nos nos contentaremos, por consiguiente, con decir cuanta es la impresión que Nos causan vuestros piadosos sentimientos y cuanto Nos complacemos con vosotros de los crecientes progresos de la Sociedad de San Vicente de Paul.

Estad siempre unidos entre vosotros, no importa la nación á que pertenezcáis, porque la caridad cristiana no conoce fronteras. Animáos los unos á los otros en la práctica del amor hácia los pobres y desgraciados, y tomad parte mutuamente en vuestros éxitos y en las piadosas industrias de vuestro celo. Que cada uno de vosotros se inspire más y más en el espíritu del heróico Santo, cuyo nombre llevais, y se esfuerze por imitar sus grandes ejemplos. Pedimos á Dios

que os dé la gracia, por intercesión de S. Vicente de Paul, apóstol por excelencia de la caridad en los tiempos modernos; y como prenda de estos favores celestiales. Nos os concedemos, con toda la efusión de nuestro corazón, á vosotros y á vuestras familias, á los directores de todas vuestras conferencias, á sus obras y á todos vuestros asociados, la Bendición Apostólica.

A LOS PEREGRINOS

DE LAS OBRAS CATOLICAS DE FRANCIA.

Queridos Hijos: Vuestra presencia y las palabras tan sentidas que acabais de dirigirnos en vuestro nombre y en el de las Obras de que sois delegados y representantes, llenan de consuelo Nuestro corazón.

Como habeis dicho, Nos amamos á Francia y Nos tenemos la confianza de que con la ayuda de Dios, continuará ella justificando su hermoso título de Hija primogénita de la Iglesia, porque conserva toda la fecundidad, según vosotros lo estais demostrando en estos momentos. De su suelo generoso, al lado y á la sombra de sus grandes instituciones seculares, no cesa de brotar el germen de obras nuevas, llenas de sávia y de esperanzas.

Larga sería la enumeración de éstas; pero no ménos admirable es la maravillosa unidad de las mismas. Obras de oración y de penitencia, obras de acción y de apostolado, obras de celo y de cari-